

3.3. — Autarquía

A dicha teoría autártica de la virtud va unido su ideal de ausencia de necesidades. En consecuencia la doctrina cínica sobre los bienes entabla una violenta oposición frente a la convencional valorización que los griegos tenían de las cosas. Vejez, muerte, pobreza, destino, clase social, fracaso no constituyen mal alguno como tampoco sus contrarios son bienes, ya que no pueden ser manantial de felicidad, prerrogativa exclusiva de la «aptitud ética».

4. — DIÓGENES; EL «PERRO»

El desarrollo práctico de las teorías cínicas fue protagonizado por Diógenes, apodado «el perro» por su modo de vestir, por sus modales externos, su comportamiento desvergonzado y su «contestataria» forma de vivir. Busca una desvalorización de los principios vigentes tratando de minar los fundamentos de la Polis griega. La cultura humana es para él un cúmulo de perniciosas equivocaciones en total beligerancia con la vida natural.

Absurdas para él la moral convencional y la ética social, trata con su ejemplo de arrastrar a los hombres hacia la madre naturaleza. Y basándose en la «pureza» de lo natural incurrió en desvergüenzas exageradas, incluso de naturaleza sexual. Escándalos premeditados que pretendían herir el sentimiento de decencia y el pudor del hombre civilizado. En esta línea de retorno a la naturaleza promovió Diógenes la idea del «amor libre».

Al concepto de virtud antisténica le añade Diógenes dos detalles: con relación a su individualismo establece la «apatía», inmunización de afectos y pasiones; y frente a su contorno exagera su «autarquía», ausencia de necesidades materiales —vivienda, vestido, alimentación—. Su disfrute se reduce a la asimilación de los instantes presentes.

Para conseguir esa apatía y autarquía propone

una lucha constante contra el «ponos», la fatiga del esfuerzo que después requiere un descanso. En definitiva, rotas las ataduras sociales —matrimonio, familia, Estado— es partidario de aquella vida indolente al calorcito del sol y al remanso del tonel.

Un discípulo de Diógenes, Crates de Tebas, cedió a sus conciudadanos considerable fortuna material para dedicar su vida a la práctica del ideal cínico. Y es curioso, encontró una fanática compañera en Hiparquia, hija de una rica familia de Meronea, ciudad de Tracia.

Tal es en simple esquema la filosofía cínica, cuya consistencia no se trata de defender, sino de recordar como probable fuente para la comprensión de muchos matices en el ideal y en las actitudes hippies. Deduzca el lector comparaciones que eludimos por innecesarias.

5. — UNA ANÉCDOTA DE ACTUALIDAD

Al rumorearse por Corinto que Alejandro Magno preparaba el asalto de la ciudad, los corintios abandonaron sus diarios quehaceres para dedicarse a fortificarla. Unos —cuenta Luciano de Samosata— transportaban piedras, otros reparaban la muralla, y cada cual se dedicaba con afán a lo que fuere pertinente.

Diógenes, testigo de tan diligente trajín, se dedicó a subir su tonel por las laderas del Cranión y dejarlo rodar una y otra vez.

Algunos de sus íntimos se le acercaron creyéndole chalado.

—Pero, ¿qué haces, Diógenes?

—Ya veis. Me dedico a estos menesteres para no dar la impresión de ser el único que no trabaja en la ciudad.

Hoy la moda no induce a rodar toneles laderas abajo, sino a pasear mochilas caminos adelante, al hallazgo de futuros paraísos.

JOSÉ MIGUEL DE LA FUENTE

Un héroe de ficción

POR C. VIDAL LLÀSER

Como en los versos del poeta, podría decirse que el viejo Vicente, de Formentera, volvía cada día a su casa, a su choza de piedras y leña, «chorreando mar». A partir de un día el mar se había convertido para él en un mundo poderoso sumergido, un mundo que albergaba en sus entrañas —acariciado por la música maravillosa de su silencio impresionante— el mayor tesoro que él podía desear. Debajo de la claridad de sus aguas, entre los multicoloreados peces de ojos salientes, en las hondas gargantas de sus rocas y cue-

vas misteriosas, allí estaba, durmiendo un sueño de siglos, su extraordinaria «aventura maris». Por eso todos los días, con su infinita paciencia y su renovada esperanza, el viejo se hacía a la mar en un pequeño bote y proseguía con su búsqueda incesante, con aquella su locura, que los demás hombres de la isla no alcanzaban a comprender. De las tres gracias que, según dicen, están guardadas para los viejos —los cuales sólo pueden escoger una— y que son el mar (para dormirse con su canción), las estrellas (para

conservar la medida de las ilusiones) y el sol (para ver dorado el seno de la tierra fecunda), el viejo Vicente, de Formentera, se había quedado con el mar.

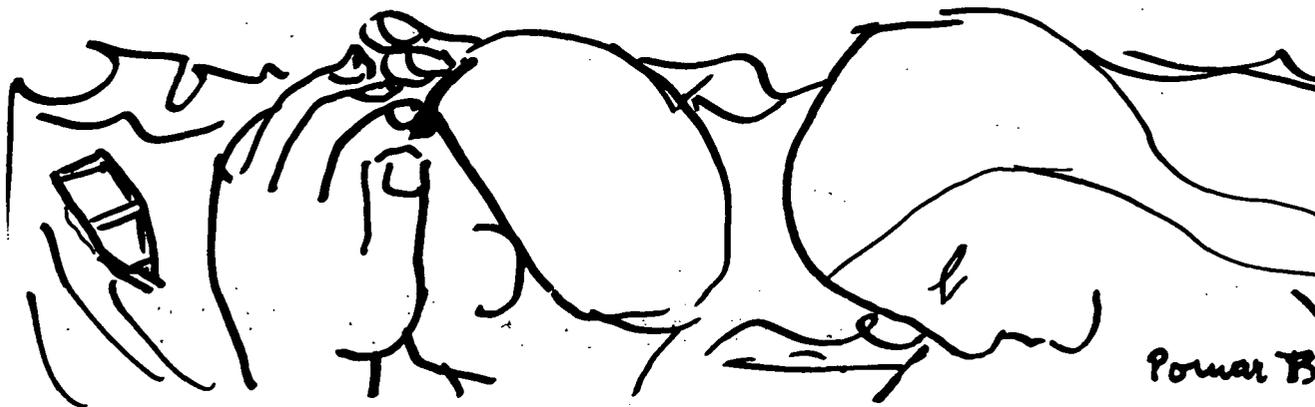
Era un hombre alto y seco, arrugado y macilento. Había corrido por el mundo, probando todos los oficios imaginables, y con el peso de sus años y sus sueños vencidos acabó en Barcelona, de maletero en el puerto. Un día se había cargado el bulto a su espalda y se metió entre la gente para ganar la escalerilla del barco. Todos empujaban y él tuvo la desgracia de tropezar con una cuerda y la carga que llevaba vino a dar contra el suelo. Y en aquel mismo instante, dos mil años de historia se estrellaron con un ruido terroso y se convirtieron en polvo. El americano rico había pagado quinientos dólares por aquella obra de arte antigua, una ánfora fenicia auténtica, y no tuvo más remedio que aceptar, entre condolido y resignado, su pérdida. ¡Qué otra cosa podía hacer! Aquel pobre maletero no iba a obrar el milagro de devolvérsela y, por otra parte, en toda su vida podría disponer de quinientos dólares para reembolsársela. Pero el viejo Vicente, de Formentera, era un hombre de honor, y no podía permitir que las cosas quedaran así. De modo que insistió para que el americano le diera su nombre y dirección y le prometió que él repararía a su modo el daño que le había causado.

Toda una teoría del mar como camino de tantas cosas. Se camina sobre el mar o se cabalga el caballo de su espuma o se rasca en sus entrañas hasta arrancarle la sabiduría, la sagaz inteligencia, el honor y la libertad. Y también la paz. El viejo Vicente, de Formentera, caminó primero sobre el mar para volver a su isla, y comenzó allí su gran aventura. Se puede llegar a ser feliz con la búsqueda de algo que a los demás les parece una locura y él había acabado por

catarsi o este eivissenc del p

embarcación, los hombres de la isla descubrieron una auténtica ánfora fenicia destinada a Abraham Lincoln Smith, de Milwaukee, Estados Unidos.

Eva-Lis Wuorio, de Finlandia, es la autora de «El silencio armónico» (1), este cuento lleno de ternura y de esperanza. Ella misma nos dice que escribió a la dirección que el americano había dado al viejo Vicente, de Formentera, pero resultó que allí no le conocía nadie. Enfadado por haberle estropeado su «souvenir», el americano se había inventado un nombre y un lugar para desembarazarse de él. Tal vez, sin embargo, sí residía en Milwaukee. Pero esto nunca llegó a saberse. Tampoco —pensamos nosotros—



Un héroe de ficción, ilustración de A. Pomar.

serlo. Días, semanas, meses, años, respirando con los ojos y los poros, buscando en las profundidades del mar el ánfora que había de devolverle la paz. Hasta aquel día que se levantó el viento africano y las olas fueron a estrellarse furiosas contra las rocas, y los hombres de la isla escudriñaron con angustia el horizonte. Y al amanecer del nuevo día, un pequeño bote, sin nadie a bordo, apareció lanzado por el temporal a la playa. De modo que ya nadie volvió a saber del viejo Vicente, de Formentera. Pero amarrada fuertemente con algas marinas, dentro de la

quizá fuera esto realmente lo más importante. Debemos agradecer a la escritora finlandesa la manera como ha sabido —a través de su relato— acortar distancias entre corazones sencillos y nobles. Y que el símbolo, el héroe —aunque sea un héroe de ficción— lo encarnara precisamente un hombre de Formentera, nuestra isla hermana. De ahí la dedicación que nos ha merecido en este comentario.

C. VIDAL LLÀSER

(1) «Las mejores novelas cortas (24 maestros de la literatura universal contemporánea)». Editorial Bruguera, S. A. Barcelona, 1967.